

Rasgos del carboneo pacense

M^a Elisa Sánchez Sanz

INTRODUCCION

El empleo del carbón como fuente calorífica es bien conocido de todos. Sin embargo, no siempre el carbón consumido por herreros y familias humildes fue el de antracita, hulla, lignito o turba. Los carboneros, dedicaron muchas horas de su vida a convertir la madera de encina, roble, sabina, carrasca, eucalipto, pino o la raíz del brezo en el llamado «carbón vegetal», lo que favorecía el crecimiento de las ramas y la limpieza de pastizales.

La práctica del carboneo ha estado vigente en España hasta 1965, momento en que empieza a abandonarse paulatinamente. Los hombres que trabajaron en esta actividad recibieron el nombre de «carboneros», «fábriceros» o «ikatzabillak», entre otros.

El uso de focos de calor más sofisticados y la creación de campos de regadío («reguerío») en varias localidades pacenses dieron al traste con un oficio que si bien es muy antiguo apenas es conocido.

No ha sido fácil, por tanto, reconstruir una actividad que ya llevaba casi veintitrés años sin practicarse. Se ha carboneado por toda España y desde luego por toda la provincia de Badajoz, pero nuestra recogida de datos tuvo lugar en la localidad de VALDIVIA y hablamos con José, Antonio y Manuel, hijos y nietos de carboneros que conocían bien el oficio, ya que al menos desde hace tres generaciones se había practicado en su familia.

I. LOS CARBONEROS

Desde tiempos inmemoriales el carboneo se ha ejercido de dos maneras:

- se hacía carbón en el pueblo de donde eran originarios los trabajadores o en fincas próximas a él (carboneros locales).
- hombres de una localidad, con su familia o sin ella, emigraban a otra comarca o a otra región para hacer el carbón (carboneros trashumantes).

No obstante, la forma más generalizada de carbonear en la zona extremeña estudiada ha sido que los propietarios de fincas arrendasen el carboneo a un contratista que era el encargado de buscar obreros y, a veces, también, hasta de vender el carbón, entregando al dueño un tanto por ciento del producto.

La cuadrilla de estos hombres subían al monte con toda su familia e incluso con los animales (de corral y de cuadra) y construían el chozo o «perrera» donde iban a vivir durante los meses que durase su trabajo.

Para la construcción de este chozo se buscaba un sitio elevado y a poder ser en las cercanías de algún arroyo o fuente de agua y la orientación del mismo no giraba en torno al sol sino en torno al viento procurando que el humo de la carbonera no penetrase por la puerta. Los chozos eran circulares y el armazón lo constituían troncos de encina que se tapaban con ramas y jara y se cubrían con paja y retama para que el agua de lluvia resbalase fácilmente. En el centro del chozo estaba el hogaril y a los lados de la puerta se levantaban los cadalechos o camas que se hacían con estacas clavadas en el suelo, encima unos largueros y sobre ellos, juncos, helechos, hiniesta y el colchón de paja.

Cada miembro de la familia tenía su cometido. La mujer hacía todas las faenas domésticas ayudada por

las hijas. Los hijos aprendían el oficio junto al padre que mientras trabajaba les iba enseñando.

El contrato entre el amo y el jefe de la cuadrilla se hacía por carta y se firmaba por duplicado. El dueño de la finca solía adelantar una pequeña cantidad de dinero para la comida y también podía enviar a los arrieros que, a la vez que recogían el carbón les llevaban el pan y el tocino. Sin embargo, la comida más usual era: arroz, bacalao y pan. A veces, los dueños de la finca les invitaban a comer en su casa y les ofrecían el poder asistir a misa en la capilla del cortijo todos los domingos.

Generalmente, los carboneros trabajaban de dos en dos:

- el «maestro», encargado de vigilar día y noche la carbonera y de tapar las rendijas y abrir los agujeros.
- el «ayudante», encargado de llevar el farol y de subir el «palo».

Además, el «maestro» concertaba las condiciones del trabajo con el dueño de la finca y ajustaba las cuentas con él y con el «ayudante».

Trabajaban toda la temporada a destajo, pero el día de San José, 19 de marzo, celebraban la fiesta de su patrón y era día de descanso. En esa fecha les convidaban los amos y se bebía vino y se entonaban canciones.

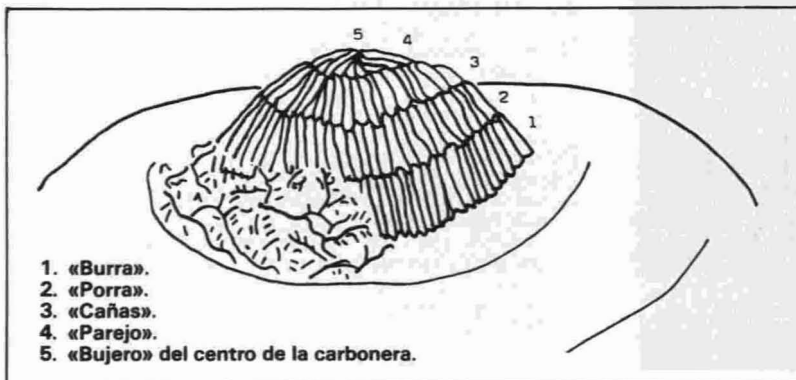
Para trabajar empleaban la ropa más vieja que tenían y cuentan socarronamente cómo sus mujeres no les dejaban irse a dormir sin que antes se hubiesen lavado de arriba abajo.

II. LA ELABORACION DEL CARBON

Dada la abundancia de encinas en la provincia de Badajoz se ha hecho, sobre todo, carbón de esta madera.

a) Primeramente, tenía lugar la corta de la leña lo que significaba podar la encina y se «picaba» el «palo» en trozos de menos de un metro, lo que se hacía con hachas y con serruchos. Esta operación empezaba en enero y se prolongaba hasta marzo (momento en el que empieza a «correr» la savia al árbol y echa hojas). Un «hacha buena» podía «tumbar» unos 10 chaparros al día y a cada peón se le pagaba, en la década de los sesenta, cuatro pesetas por cada chaparro podado.

b) Después, toda la leña cortada se



Pisos de una carbonera.



El Sr. Antonio, uno de los últimos carboneros de Valdivia.

transportaba con narrias o con carros hasta donde se iba a hacer la carbonera y allí se «reconcentraba» toda la madera, para que a la hora de quemarse siempre se quemara la más antigua para que la más reciente se fuese secando.

c) En tercer lugar, con los troncos cortados comenzaba a hacerse la «pila» que tenía una base circular o «asiento» que solía tener unos 15 ms. de diámetro y que se hacía directamente en el suelo que previamente se allanaba y limpiaba de hojarasca y este redondel se rebajaba unos 25 cms. Era ya el momento de «empinar», es decir, de poner los troncos «arrecostaos» y «de punta». Así se iba formando el montón añadiendo cuatro pisos sucesivos. La altura oscilaba entre cuatro o cinco metros.

El primer piso lo constituía la «bura» que eran los palos más podridos y feos. El segundo piso se llamaba la «porra» que eran los troncos más gruesos que se ponían al «cuadro» para conseguir un hueco central que en la parte superior iba a formar la boca o «bujero» del centro de la «pila». El tercer piso era el de las «cañas» o troncos más finos que los del segundo piso. El cuarto piso era el del «parejo» compuesto por leña menuda que junto con el «varizo» para el «enrase» del horno se colocaba «al hilo». (Fig. 1). Inmediatamente, se le ponía la «borda» o «cobija» que consistía en una capa de hojarasca, retama, jara, juncos, paja, fusca y tomillo que previamente había sido prensada. Por fin, se tapaba toda la «pila» con tierra húmeda a la que se le había quitado todo el terrón y el chinato, dejando únicamente la esencia de la tierra menuda. Este paso se conocía como el «aterrado» y la capa solía tener 30 cms. de grosor.

d) En cuarto lugar, se preparaba cerca de la «pila» una hoguera que servía para convertir la madera en ascuas para echarlas con unas palas por el «bujero» de arriba, hacia ese orificio central que se había dejado hecho mientras se construía y se le pegaba fuego. Desde este mismo momento recibía el nombre de «car-

bonera». La forma más característica fue la redondeada pero también se hicieron «pilas» de horno de rabo y de gatera. Luego, cada dos o tres horas se abría el «bujero» para «darle de comer» y alimentar así el horno.

e) Tras haberse tapado la chimenea se abrían con la «hurga» tres o cuatro «pitos», también llamados «lumberas» (agujeros) para propagar la combustión. Cuando por ellos salía humo blanquecino y se agrietaba la tierra que cubría a la carbonera era señal de que la parte alta ya estaba cocida. Esto ocurría a los dos días de comenzada la operación. La tierra de la parte quemada se apretaba para que se quedase pegada al carbón. Después se abrían otros seis «pitos» y se esperaban los síntomas anteriores. Y luego ocho. Y así sucesivamente. Hasta que, por fin, se abrían los últimos agujeros, cuatro «bufardas», a unos 20 cms. del suelo. Después, se cerraban estos agujeros y se dejaban venticuatro horas en enfriamiento.

Al «maestro» le estaba encomendada la misión de vigilar y él era quien debía tatar las rendijas o dar tiro al fuego. De ahí que cada veinticuatro horas debiera tatar unos agujeros y abrir otros. Al mismo tiempo tenía que ir «dando de comer» a la carbonera que consumía leña según sus necesidades. Pero si el fuego se cargaba demasiado por un lado «se caía» el horno y se habían de cortar los encuentros a las llamas.

Para refugiarse, al lado de la carbonera se construía un pequeño chozo o «chabana».

f) Cuando ya se había cocido del todo se quitaba la tierra y la «borda», se refrescaba y se sacaba el carbón («sacaera de palos») con un «rodo».

El círculo que dejaba la carbonera era la «caldera» porque guardaba las cenizas y en el «asiento» se quedaba la carbonilla o cisco gordo y el «cisco».

Salían dos tipos de carbón:

- el «canutillo» (fino)
- el «basto» (de leñas gruesas)

Los dos se llaman «rabo de pega» por dar el color de estar bien cocidos.

La operación de la carbonera tenía lugar durante la primavera: abril, mayo y junio y hacia octubre podía volver a empezarse aprovechando que para esta época el tiempo refrescaba.

Se solían hacer carboneras de hasta 1.000 arrobas (1 arroba = 11,50 kgr.) que tardaban en cocerse unos 20 días estando a cargo de ella solamente dos hombres. Pero, alguna vez, en Valdivia, se han hecho carboneras de hasta 6.000 arrobas, con cuatro hombres, y duraban unos tres meses.

Los carboneros también han hecho picón. Para ello, empleaban las «taramas» o varas largas que el ganado no comía del «ramón» u hojas de las encinas. Se hacía una hoguera y se empleaba leña que iba quemándose. Luego, sobre las ascuas, se echaba agua, se removía y salía el picón que se ha empleado para encender los braseros. Solían sacar unos 60 sacos al año.

III. LA ECONOMIA

Este carbón en Valdivia casi siempre se les vendía a los contratistas que a su vez lo vendían.

Se transportaba en serillas de esparto que conducían caballerías desde las fincas en que se había cocido hasta el pueblo o a otras localidades. La figura del arriero a este respecto fue muy importante.

La producción iba destinada casi totalmente a las fraguas cuyos herreros lo mezclaban con carbón mineral.

Las cuotas que se les pagó a estos carboneros son éstas:

- antes de la guerra: por una arroba, 22 perras chicas
- después de la guerra: por una arroba, 5 reales
- en 1965, último año que se hizo: por una arroba, 5 pesetas

NOTA

Ya nadie hace carbón, pero el Sr. Antonio, uno de nuestros informantes aún hace para él una pequeña carbonera de dos metros de altura, para tener carbón para el invierno.

BIBLIOGRAFIA

- ALVAR, M. Alea. Granada. C.S.I.C., 1961, Lám. 272.
- CASAS TORRES, José M. «Sobre la geografía humana del valle de Lozoya». Madrid.-Rev. ESTUDIOS GEOGRÁFICOS, 13- Año IV, 1943 - pp. 795-799.
- CASTELLOTE, E. «Carbón y carboneros en la provincia de Guadalajara». Madrid.- R.D.T.P., XXXV -1979-1980 -pp. 187-208.